

La transfiguración

Edward DENNETT

biblicom.org

La palabra traducida como «transfigurado» en la escena del monte solo aparece cuatro veces en las Escrituras del Nuevo Testamento: [Mateo 17:2](#); [Marcos 9:2](#); [Romanos 12:2](#); [2 Corintios 3:18](#). Los dos primeros de estos pasajes se refieren al acto mismo de la transfiguración; y así podemos decir que se usa una vez en relación con nuestro bendito Señor, y dos veces en relación con los creyentes. Existe, sin duda, una conexión significativa entre estas aplicaciones.

En primer lugar, encontramos que el Señor, habiendo tomado a Pedro, Santiago y Juan, su hermano, y habiéndolos llevado a un monte alto aparte, «fue transfigurado delante de ellos; su cara resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz» ([Mat. 17:1-2](#)). Sin entrar ahora en el carácter especial de esta escena, en su relación con el período al que nuestro bendito Señor había llegado en su ministerio en medio de Israel, o en su significado de dispensación, podemos, en pocas palabras, considerar lo que esta transfiguración fue con respecto a él personalmente. Cuando subió al monte con sus discípulos, era, en apariencia, solo un hombre entre los hombres. Para el ojo carnal, nada había que lo distinguiera de Pedro, Santiago o Juan. Fuera lo que fuera lo que vieran aquellos cuyos ojos estaban ungidos, o lo que hayamos aprendido de las Escrituras a través de la enseñanza del Espíritu de Dios, no había ningún indicio de diferencia entre el cuerpo que Dios había preparado para él y los «vasos de barro» de sus discípulos.

Pero mientras estaba en el monte, tuvo lugar este maravilloso cambio (llamado transfiguración). ¿Cuál era entonces su naturaleza? ¿No podemos decir que era su pureza o santidad esencial la que estalló y transfundió el recipiente en el que estaba incrustada, de modo que estaba ante sus discípulos como un ser de luz? Porque «Su cara resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz». Este vaso –su cuerpo– había ocultado en otras ocasiones los rayos de su belleza y gloria, pero ahora que se le permitía dejarlos brillar sin obstáculos, penetraban e irradiaban tanto su cuerpo como sus vestiduras, de modo que era glorificado de forma real y viva ante sus ojos.

Si esto es así, entonces Cristo, tal como era en su transfiguración, es la presentación de lo que serán los creyentes cuando sean glorificados con él. De ahí que Moisés y Elías, puesto que aparecieron en gloria cuando conversaron con él ([Lucas 9:30-31](#)), sean el tipo de los santos en esa condición; y ahí radica la conexión significativa en el uso de la palabra que estamos comentando. Cristo en el monte nos muestra los que serán de su pueblo cuando venga a recibirlo para Sí; pero este poderoso cambio

se inicia moralmente en los discípulos mientras están aquí.

Así, en [Romanos 12:2](#), el apóstol dice: «No os adaptéis a este mundo, sino transformaos (transfiguraos) por la renovación de vuestra mente», etc. Esta Escritura muestra que nuestra transfiguración debe comenzar desde dentro; porque el apóstol prescribe la no conformidad con el mundo, y la transfiguración por la renovación de nuestras mentes. Si nos limitamos a este punto, podemos preguntarnos: Pero, ¿cómo se va a lograr esto?

Si nos remitimos ahora a [2 Corintios 3:18](#), encontraremos la respuesta. Allí vemos a Cristo, no en el monte, sino glorificado a la diestra de Dios. Toda la gloria de Dios resplandece en su rostro, y su rostro, a diferencia del de Moisés cuando hablaba con los hijos de Israel, está revelado. Además, todos los creyentes han sido llevados a este lugar donde pueden contemplar esta gloria. «Todos nosotros a cara descubierta, mirando... la gloria del Señor». Luego aprendemos algo más, a saber, que al contemplarla vamos siendo «transformados (transfigurados) en la misma imagen, de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor». Este es el efecto moral de tener a Cristo en gloria ante nuestras almas. Él es el estándar o modelo; y nosotros, mientras lo miramos, somos, por el poder del Espíritu, gradualmente transfigurados a la semejanza de Aquel a quien miramos. Decimos «hacia», porque mientras estamos aquí en el cuerpo, nunca podremos conformarnos completamente al Cristo glorificado. Es, por lo tanto, una transfiguración moral gradual; cada rayo de su gloria que cae sobre nuestras almas ocasiona, por la operación del Espíritu Santo, este efecto.

Pero, como aprendemos de otras Escrituras, cuando el Señor venga, «seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» ([1 Juan 3:2](#)); porque entonces, incluso nuestros cuerpos serán transformados en la semejanza del cuerpo de su gloria ([Fil. 3:21](#)). Entonces, según el propósito de nuestro Dios, seremos «conformes a la imagen de su Hijo, para que él fuese el primogénito entre muchos hermanos» ([Rom. 8:29](#)).

Incluso en esta escena se nos ha concedido un atisbo de la gloria de Aquel a quien hemos de conformarnos. Y mientras esperamos el pleno cumplimiento de este maravilloso pensamiento del corazón de Dios, recae sobre nosotros la bendita responsabilidad de ser «transfigurados» diariamente mediante la renovación de nuestra mente; y aprendemos que esta responsabilidad solo puede cumplirse mediante la bendita ocupación de contemplar continuamente la gloria del Señor. Así ocupados, somos «transfigurados» en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor; y mientras estamos empleados así, esperamos en cada instante

el momento en que seremos arrebatados para encontrarnos con el Señor en el aire, donde nuestra transfiguración será terminada, cuando seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.

¡Qué gracia! ¡Qué misericordia! ¡Qué amor! Porque de él, por él y para él son todas las cosas, a él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.